ESTE LIBRO ES DE:

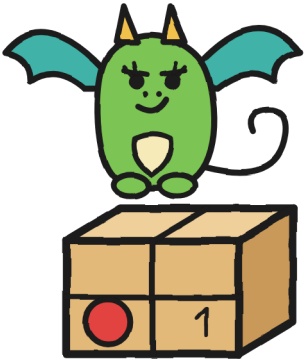
_____

Y de nadie más. –J.

ENTREGAS IMPOSIBLES · 1

Este paquete muerde

Lui Eriksson



TALLA XL · Novela ilustrada · 13+

ENTREGAS IMPOSIBLES 1

Este paquete muerde

Texto e ilustraciones: Lui Eriksson

Versión en español de México: LinguAula

TALLA XL · Novela ilustrada · 13+

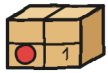
Primera edición: 2026

© 2026 Lui Eriksson · info@linguaula.com

Fotocopiable libremente, para clase y para casa.

Tipografías: Andika, Patrick Hand, Caveat y Courier Prime (licencia SIL OFL).

Trabaja cada capítulo en linguaula.com



CAPÍTULO 1

El que no se puede

Este cuaderno salió de la caja 14 de la mudanza. La caja decía COCINA, con marcador grueso y letra de persona con prisa. Dentro no había ni una cuchara: había este cuaderno, un calcetín y una rana de goma que no es de nadie. Se lo pregunté a mi madre. Se lo pregunté a la rana. Nadie la reclama.

El cuaderno sí lo reclamé yo. Le puse el título en la primera página, en mayúsculas, para que quedara claro desde el principio:

CUADERNO DE REPARTO de Guni. PRIVADO.

«Privado» significa que lo leo yo primero. —J.

Esa nota verde no estaba cuando escribí «privado». Ninguna de las notas verdes estaba. Las va poniendo Julita, que en un solo día ya agarró la costumbre de leer mi cuaderno antes que yo y, a veces, antes de que yo lo escriba. Pero eso viene después. Vamos por orden.



Llegamos un martes. Hoy es sábado. Llevo cuatro días en el barrio y ya me sé una calle entera: la mía. Tiene seis casas y, alrededor, interrogaciones.

Nadie me preguntó si quería mudarme. Lo decidieron los mayores en la cocina, con esa voz que ponen para las cosas que ya están decididas, y mi madre lo llamó «una oportunidad», que es como los mayores llaman a lo que no se puede devolver.

Lo que más me dolió no fue dejar mi cuarto. Fue enterarme, ya en el camión, de algo que no sabía de mí mismo: que yo nunca había hecho un amigo. Los tenía. No es lo mismo. En mi antiguo barrio los amigos venían de fábrica: te los daban a los tres años, en el parque, junto con la cubeta y la pala, y ya no había que hacer nada más. Nunca aprendí el procedimiento. En la escuela te enseñan a dividir con decimales, pero a hacer amigos no: se supone que ya vienes con ellos.

Así que hice lo que hago cuando no sé hacer algo: un plan.

Mi plan para hacer un amigo:

1. Decir hola.
2. Decir algo interesante.
3. ???

Me atasqué en el 2. Del 3, ni idea. Estuve tres días atascado. Entonces todavía no sabía que el punto 3 era el más fácil de los tres, y que cabía en tres palabras.

Mi cuarto nuevo tampoco ayudaba. Está lleno de cajas cerradas y no tiene nada mío, así que duermo en él como se duerme en un hotel: de prestado, con la ropa a mano. Por eso me despertó tan rápido lo que pasó volando por delante de mi ventana esta mañana.

Era un paquete.

Lo digo tal cual, porque tal cual fue. Un paquete de cartón, del tamaño de una caja de zapatos, con un sello rojo en un lado, pasó volando a la altura de mi ventana, sin prisa, como quien va a lo suyo. Luego pasó otro. Y otro. Nueve paquetes en fila, como patos, cruzaron la calle y se colaron, uno detrás de otro, por el buzón de la tienda de enfrente. (Los otros once, supe luego, habían vuelto mientras yo dormía.)

La tienda tiene un cartel que dice ENTREGAS IMPOSIBLES. Debajo, más pequeño: «Entregamos lo que nadie entrega». Y debajo de eso, todavía más pequeño, como si lo hubieran añadido después de pensarlo mejor: «(Casi siempre)».

Ya tenía el punto 2: «Vi paquetes volando».

Eso no es interesante. Pasa muchísimo.

Esa nota la escribió Julita. La conocí esta misma mañana, en la tienda de enfrente. Escribe en verde, y lo que escribe en verde no se borra. Lo probé con goma, con saliva y con la manga del suéter, en ese orden. La goma se gastó. El verde no.

Me puse el suéter de rayas encima del pijama y crucé. Con el pijama puesto, quiero decir. Con pantuflas. Hay decisiones que toma el cuerpo antes de que la cabeza se entere.



Dentro olía a cartón y a algo quemado, como cuando se apaga una vela. A la izquierda había una estantería con un letrero rojo, DEVUELTOS, y en la estantería, veinte paquetes numerados del 1 al 20, cada uno con su sello. Delante, una bruja de sombrero morado los señalaba uno por uno. A su lado, una niña con overol verde los iba contando en voz alta:

—...dieciocho, diecinueve, veinte.

—Volvieron todos —dijo la bruja—. Otra vez.

Nadie me preguntó quién era ni por qué llevaba pijama. Eso, en una tienda, ya es raro. En aquella tienda no fue ni lo más raro de la mañana.

La bruja se llama Mara. Tiene una tienda de repartos imposibles y un sello que brilla: cuando lo estampa, suelta chispitas, y las chispitas huelen a esa cosa quemada. Julita me explicó cómo funciona en mi propio cuaderno, con un dibujo lleno de flechas que resumo aquí porque ocupa media página:

- Paquete + sello.
- ¿Firma quien lo recibe, con tinta que no se borra?
- SÍ: ENTREGADO.
- NO: al amanecer, el paquete vuelve volando a su estantería.

Así ningún paquete se pierde. Ni se entrega.

Los de la estantería son los devueltos: veinte paquetes que nadie ha podido entregar nunca. Y todos los manda la misma persona. En cada etiqueta, en el mismo sitio, con la misma letra apretada, ponía REMITENTE: R.

—¿Quién es R.? —pregunté.

—Alguien con muy mala letra —dijo Mara.

Y nada más. Lo dijo como se dicen las frases que ya se han dicho muchas veces, sin mirar la estantería, mirando un punto de la pared donde no había nada que mirar. Julita movió los labios a la vez que ella. Se sabía la respuesta de memoria, y me pareció que a ella tampoco le bastaba.

Mara metió diecinueve devueltos en un saco enorme, de los que se cargan al hombro. Esa noche tenía que entregar un piano en un faro, lejísimos, y, de paso, ya que salía, iba a intentarlo otra vez con todos. Volvería al amanecer. Lo dijo sin ninguna esperanza, con la voz de quien riega una planta seca por costumbre.

En la estantería se quedó solo uno. El primero de la fila. El número 1.

—Ese no se puede —dijo Mara, y me pareció que no nos lo decía a nosotros—. Una sola regla: NO TOQUEN LA ESTANTERÍA.

—Claro —dijo Julita.

Yo estaba detrás de ella y vi los dedos cruzados a la espalda. No dije nada. Ahora que lo pienso, fue lo primero que compartimos: un secreto de dos segundos, antes de saber cómo nos llamábamos.

Julita está en la tienda los sábados. No le pregunté qué era de Mara: sobrina, ayudante, castigo. Hay preguntas que se hacen el segundo día.

Ahora ya es el segundo día. Pregunta. —J.



En cuanto se cerró la puerta, Julita me miró de arriba abajo. Con calma. Como se mira un paquete para decidir si merece sello.

—¿Tú sabes repartir?

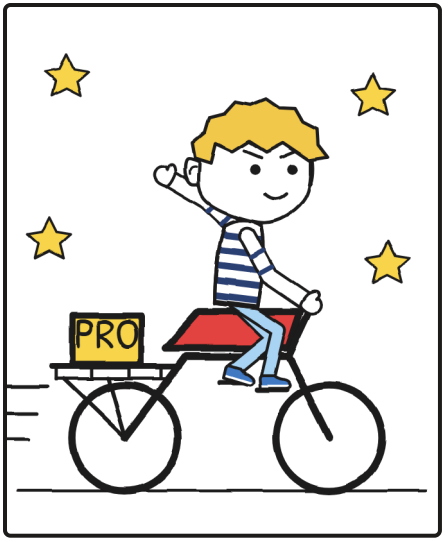
Aquí tengo que ser honesto, porque este cuaderno es privado y lo va a leer Julita de todas formas.

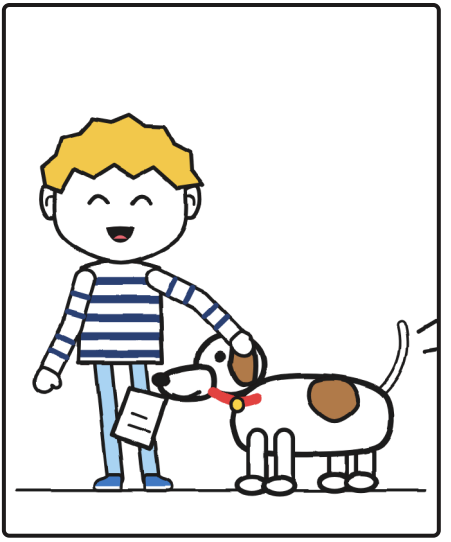
La verdad es que en toda mi vida he entregado una sola cosa: el periódico del vecino del segundo, un domingo, porque estaba tirado en la entrada del edificio y me pareció que hacía falta un héroe. Se lo di a su perro. El perro se lo comió. Fin de mi carrera.

Y yo dije lo que se dice cuando quieres tener un amigo:

—Sí. En mi antiguo barrio era repartidor profesional.

Profesional de perros.

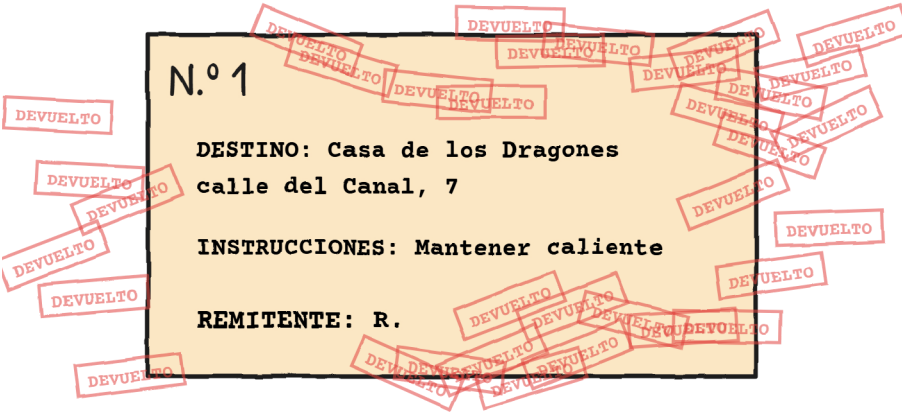




Una mentira es como un paquete con el sello puesto: sale volando muy digna, cruza la calle sin tocar el suelo y, en algún momento, vuelve. Lo que no sabía entonces era cuándo iba a volver esta, ni quién iba a leerla en voz alta.

Julita no me pidió pruebas. Fue derecha a la estantería y sacó el único paquete que quedaba: el número 1. El que no se puede. Le temblaban un poco las manos, pero no de miedo, o no solo de miedo: era el temblor de cuando llevas muchos partidos en el banquillo y por fin el entrenador dice tu nombre. A mí también me temblaban, pero yo lo disimulaba mejor: solo se me notaba en que me había puesto el suéter al revés.

Conté los sellos de DEVUELTO. Treinta y siete. La etiqueta era más sello que etiqueta.



Debajo de todo aquel rojo, por si a alguien le interesaba, ponía:

- DESTINO: Casa de los Dragones, calle del Canal, 7.
- INSTRUCCIONES: Mantener caliente.
- REMITENTE: R.

—Si lo entregamos antes del amanecer —dijo Julita—, Mara verá que puedo repartir los devueltos.

—¿Y si no?

—Si no, vuelve solo y aquí no ha pasado nada.

Me pareció un plan muy bueno. Tenía las dos cosas que debe tener un plan: un premio si sale bien y ninguna consecuencia si sale mal. Todavía no sabía lo que había dentro.



Alguien tocó el timbre de una bici. Dos veces, como quien llama a una puerta que no es suya. En el aparador apareció un chico con casco y una mochila amarilla que se leía desde dentro: ENVÍOS RAYO. EN DIEZ MINUTOS O GRATIS.

—¿Entregas Imposibles? —dijo, con el tono de quien ha hecho el mismo chiste otros sábados—. Imposible que entreguen nada.

Toño. Reparte rapidísimo cosas aburridísimas.

—Pues hoy entregamos esto —dijo Julita, y levantó el paquete.

Toño leyó «Casa de los Dragones» y se rio tanto que se le cayó el casco. Rodó hasta la puerta. Lo recogió sin dejar de reírse, y cuando se levantó ya no se reía.

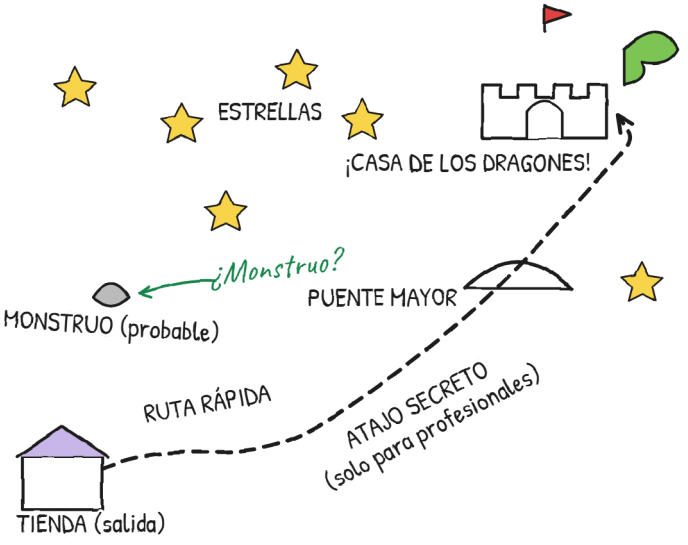
—En la calle del Canal no hay número 7 —dijo—. Va del 5 al 9. Lo sé porque lo busqué.

—¿Y por qué lo buscaste? —preguntó Julita.

Toño se puso el casco. Tocó el timbre otra vez, sin motivo, y se fue pedaleando muy rápido, que es lo que hace Toño con las preguntas que no quiere contestar. Yo me quedé con dos datos: que había buscado el 7, y que RAYO no era tan rápido para todo.



Hice un plano de entrega. Los repartidores profesionales hacen planos, y yo, técnicamente, había dicho que lo era.



Las estrellas no están en el camino.

El plano tenía una RUTA RÁPIDA, un ATAJO SECRETO (solo para profesionales), el PUENTE MAYOR, un MONSTRUO (probable) y seis estrellas. Las estrellas no tenían ninguna función. Simplemente me parecía que un plano sin estrellas no es un plano serio.

El monstruo tampoco está en el camino. Lo comprobé. —J.

Por el camino de verdad, que no tenía estrellas, cruzamos el Puente Mayor. De día está bajado y lo cruza todo el mundo: bicis, señoras con carrito, un hombre con un pato. Julita lo cruzó por el centro exacto, hablándome muy rápido del sello y de la tinta, sin mirar el agua ni una sola vez. Pensé que sería porque ya la había

visto muchas veces. Del bolsillo del overol le asomaba un reloj de arena que se había llevado del mostrador. No sirve para saber cuánto falta para el amanecer; solo para ver caer la arena y ponerte nervioso. Me di cuenta de que era la clase de persona que se lleva un reloj de arena a una entrega. Me gustó. Yo me había llevado un pijama.

La calle del Canal, 7, no era una casa. Era una pared.

Toño tenía razón: del 5 se pasaba al 9, y entre los dos había una pared lisa y clara, sin puertas ni ventanas, sin timbre. Solo tenía, muy abajo, casi a ras de suelo, a la altura justa de algo muy pequeño, una placa de latón con un hueco en forma de pata. Cuatro huecos pequeños arriba y uno grande debajo, como si alguien hubiera apoyado algo ahí hace mucho tiempo y la pared se hubiera quedado con la forma.

—A lo mejor es un buzón —dije.

El paquete no cabía. Ni de lado. Ni por la esquina.

Probamos todo lo que se prueba con una pared:

1. Llamar con los nudillos. (Nada.)
2. Llamar gritando. (Nada, pero más fuerte.)
3. Mirar por encima. Me subí a los hombros de Julita, que es más fuerte de lo que parece, y asomé la cabeza. Al otro lado había OTRA pared.
4. Rendirse. Fue lo que mejor nos salió.

Una señora que regaba geranios nos miraba desde su balcón, con la regadera en el aire, como quien ya ha visto esta película.

—Ese paquete lleva años viniendo —dijo—. Siempre se va igual que viene.

Lo dijo sin maldad, como se da el pronóstico del clima. Luego siguió regando. En aquel barrio, comprendí, un paquete que no se puede entregar era un fenómeno meteorológico más.



Hacía frío. Un frío de otoño recién estrenado, de los que entran por las mangas. Julita volvió a leer la etiqueta, en voz baja, como si pudiera haber cambiado desde la última vez.

—«Mantener caliente». Lleva años en una estantería helada.

Yo soy nuevo. Cuando algo pone «mantener caliente», lo mantengo caliente. Los nuevos leemos las instrucciones: es lo único que tenemos, porque todavía no sabemos qué instrucciones se pueden ignorar. Los demás llevan tanto tiempo en un sitio que ya no leen; ya saben. Y a veces lo que saben está mal.

Me metí el paquete debajo del suéter, volvimos a cruzar el Puente Mayor y me senté en la rejilla de la panadería de Elia, por donde sale el aire del horno. La rejilla está a ras de suelo, pegada a la pared, y de ella sube un aire tibio que huele a corteza. Me quedé allí, con la espalda recta y el paquete contra la barriga,

con toda la dignidad que se puede tener sentado en el suelo, en pijama, con una caja debajo de la ropa. Julita le dio la vuelta al reloj de arena y se quedó de pie, vigilando, sin decir nada.

Pareces un buzón embarazado.

Sin decir nada en voz alta, quiero decir.

Estuvimos así un rato largo. Olía a pan. Yo empezaba a sudar. Para no pensar en el sudor, hablamos; o hablé yo, y Julita contestó lo justo.

—¿Por qué te importa tanto entregar este? —le pregunté—. Hay diecinueve más.

Le dio la vuelta al reloj antes de que se acabara la arena.

—Porque contar no es lo mismo que entregar —dijo—. Llevo muchos sábados contando.

Después me preguntó cómo era mi antiguo barrio, y estuve a punto de contarle la verdad: que no me acordaba de haber hecho nada allí, solo de tenerlo. Que yo era como la rana de goma: todavía sin un sitio propio. Abrí la boca para decirlo y me salió otra cosa, algo con una moto y medallas. Ella asintió sin mirarme. Me pareció que ya no me creía. Le daba igual. Y eso fue lo mejor de toda la mañana.

Entonces algo me dio un golpecito en la barriga. TOC.

—¿Eso fue tu panza? —preguntó Julita.

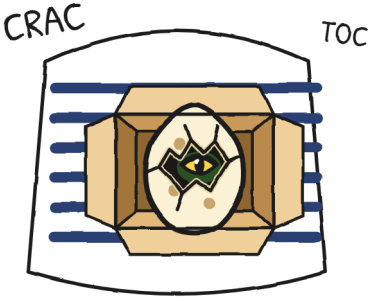
—Mi panza no hace TOC.

TOC. TOC.

Aparté el suéter. Bajo la tapa del paquete había algo redondo y pálido, con manchas, que no era una caja de zapatos ni nada que se venda en cajas. Tenía una grieta que crecía mientras la miraba.

CRAC.

Y el paquete me miró.



Un ojo amarillo, muy abierto, en medio de la grieta. No miraba a Julita, que era la que sabía de paquetes. No miraba la panadería, ni el reloj de arena, ni el cielo por donde todo vuelve al amanecer. Me miraba a mí. Y por primera vez en cuatro días, en aquel barrio de casas con interrogación, alguien parecía completamente seguro de quién era yo.

Nadie me había avisado de que hay entregas en las que el paquete te elige a ti.

Lo leí dos veces. Yo soy nuevo: me lo leo todo. Y en ninguna parte ponía que no se pudiera esperar el trueno sentado en un taburete azul.

Y fuera empezaba a llover.

Revisé el pronóstico del clima. Viene tormenta. —J.